

EL PODER PACIFISTA¹

Mario López Martínez-Francisco A. Muñoz

Instituto de la Paz y los Conflictos

Universidad de Granada

A lo largo de estas páginas pretendemos rescatar el significado original del concepto de poder, por tanto, matizaremos la concepción convencional que ha tenido bajo las figuras político-metafóricas de Leviatán, Príncipe, etc. (entendidas como poder de Estado o del soberano); expondremos las fuentes en las que se puede fundamentar el poder; nos preguntaremos en qué se justifica la obediencia de los ciudadanos/as a éste; destacaremos lo más esencial de las aportaciones de otros usos y formas que se han denominado como poderes «alternativos»; rescataremos la capacidad y la fuerza que tiene el concepto de «poder integrador» y de la doctrina de la no violencia para el fortalecimiento social o «empoderamiento»; finalizando con las contribuciones a todo ello del ejercicio y del concepto de poder pacifista.

Comencemos haciéndonos algunas preguntas: ¿qué entendemos por poder? ¿es acaso poder igual a violencia? ¿cuántas formas de poder hay? ¿cuál es nuestra relación con el poder? ¿cuánto poder creemos tener y cuánto poder nos conceden los otros?

No podemos responder a todas ellas por falta de espacio pero, al menos, sí queremos plantear algunas reflexiones acerca de cómo interpretar el poder y cómo hacerlo, especialmente, *desde* y *con* el poder pacifista.

Toda acción humana de relación social constituye un poder (diríamos mejor: una forma de ejercicio del poder). Decimos, también, se hace siempre lo que se *puede* hacer. Es el poder que uno despliega el resultante de nuestra *fuerza* y de nuestras *posibilidades*, las que tenemos y las que nos dan otras personas y las cosas sobre las cuales pretendemos ejercer nuestro poder. Sin embargo, nada hay en este concepto en el que aparezca el término violencia al que tradicionalmente se ha asociado.

Poder es la facultad para hacer algo. Es dominio e influencia que uno tiene sobre alguno o sobre alguna cosa. Es posesión o tenencia. Es fuerza, potencia o capacidad para producir determinados efectos. Continúa la violencia –como puede verse– sin aparecer.

Para Barry Barnes,² el poder es una de esas cosas cuya existencia, como la gravedad o la electricidad, sólo se nos manifiestan a través de sus efectos, por lo que resulta más fácil describir sus consecuencias que identificar su naturaleza y fundamento. Solemos hablar de las *formas de poder*: político, militar, económico, ideológico, religioso, académico, científico, etc.; y, también nos referimos a los numerosos *fundamentos del poder*: posesión de un

¹Este trabajo fue presentado en las *I Jornadas de Investigación para la Paz celebradas en La Universidad Autónoma de Barcelona* los días 27 y 28 de octubre de 2000, y organizadas por la Asociación Española de Investigación para la Paz.

²(1990) *La naturaleza del poder*, Barcelona, 11

territorio, de mercancías, de medios financieros, de armas, de aptitudes, habilidades, disposiciones, etc.

El poder –decía Weber–: «es la probabilidad de que un actor en una relación social esté en condiciones de imponer su voluntad a pesar de la resistencia e, independientemente del fundamento sobre el que se base esta probabilidad».³ Y, otro politólogo nos señala que poder es «la capacidad de algunas personas para producir efectos queridos y previstos en otras».⁴

Conviene recordar que, así como existen muchas *formas de poder* como ya señaló el politólogo Gene Sharp en su conceptualización *pluralística* del poder.⁵ O, dicho de otro modo, que el poder estaría distribuido entre la variedad de grupos, instancias e individuos de una sociedad. Es decir, reconoceríamos que, el poder tiene tantas formas de manifestarse que, en la mayor parte de las ocasiones, cuando nos referimos a él tendemos a reducirlo tanto y a tan pocas cosas que ha acabado distorsionando las posibilidades conceptuales que ha tenido el mismo; hasta el peligro de reducirlo al solo ejercicio de los gobiernos, de los ejércitos, de los que utilizan la violencia y poco más. Afectando a cuestiones como cuál es la relación que la gente común tiene con el poder, siendo en muchas ocasiones la de miedo, prevención o alarma; y no contemplan la posibilidad de ejercer ellos mismos sus capacidades y potencialidades, descubriendo cuáles son las que tienen y cómo ejercerlas lo mejor posible, es decir, no renunciando de antemano al mucho o poco poder que tengan. Por tanto, nos estamos refiriendo, una y otra vez, a una noción de poder como capacidad para la acción dejando de lado la capacidad para obtener sumisión.

También es de interés reconocer la *capacidad circulatoria* que el poder tiene. Dicho de otro modo, el poder tendría como característica una calidad de circular y transformarse, de estar en muchas partes, de cambiar de manos, de modificarse constantemente, lo que hace más inestable e inseguro el «poder instrumental» (o poder del Estado, del *príncipe*, etc.) y más ejecutables la puesta en práctica de los «poderes alternativos» (a los que luego nos referiremos).

De manera que si poder es potencia y posibilidades, si logramos éstas encauzarlas y desplegarlas como unas energías creadoras, no como una simple fuerza ciega, bruta y violenta, sino como poder justificado y proyectivo, estamos ejerciendo nuestro principio de autogobierno, extendiendo eso que llamamos nuestra libertad. Todo poder, por tanto,

3 WEBER, Max (1947) *The Theory of Social and Economic Organisation*, Chicago, 152

4 WRONG, David (1979) *Power: Its Forms, Bases and Uses*, Oxford, 2

5 (1973) *The Politics of Nonviolent Action*. 3 vols. Boston (especialmente vol. I). Si bien Sharp aceptaría que el poder está ampliamente distribuido se diferenciaría de las *teorías pluralistas* del poder en que él no cree que todos los sistemas políticos estén abiertos a la participación de todos los grupos, ni que, al menos en la teoría, unos grupos no pudieran impedir el acceso a otros grupos en ese juego. Al contrario, él estaría más cercano a una concepción del poder foucaultiano (no a toda la teoría de este autor), en el sentido de que el poder estaría siempre circulando, de manera que –en su caso– los movimientos sociales (no violentos) existen porque no siempre hay cauces institucionalizados para manifestar el descontento o la renovación de la agenda política (y no porque sean como dice la teoría pluralista del poder *actores no racionales*). Cfr. una crítica a las teorías pluralistas del poder en LARAÑA, Enrique (1999) *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid, 40-42.

entendido así expresa la acción de nuestra libertad y tiende a liberarnos. Esa forma de ejercicio sería el que, básicamente, busca el poder pacifista. Pero más tarde veremos cómo y con qué mecanismos intenta conseguirlo, ahora tratemos las fuentes del poder.

1. Las fuentes del poder

Todas las fuentes a las que nos vamos a referir se han atribuido, tradicionalmente, a los gobiernos, los estados, al *príncipe*, a los que dirigen grupos humanos, etc.; por tanto, dependen, especialmente, de que la gente obedezca, colabore, coopere y participe. Obedecer o negarse a hacerlo, ir contra una ley o cumplirla son los dos polos que integran una relación sobre la que se basan las fuentes de los que gobiernan y, también, de los que obedecen.

No obstante, aquí nos vamos a referir a esas mismas fuentes pero, dando por sentado que las mismas se usan y se justifican de manera diversa cuando se hacen desde los grupos o ideas que se fundamentan en el ejercicio del poder pacifista. En principio, se trataría, por tanto, de un tipo de fuentes similares a las que utilizan otras formas de poder (destrutivo, productivo, etc.) pero, insistimos, usadas de otra manera y para otros fines.

¿Cuáles son esas posibles fuentes?. La principal de todas ellas es la *autoridad*, esto es, el derecho a disponer del poder y de ser obedecido voluntariamente por la gente; pero, es también mucho más: es una *calidad* de la relación social entre personas o grupos. El recelo de la palabra autoridad, en sentido convencional, se aclara para el pacifismo añadiendo *razones*, es decir, el sometimiento de las decisiones coyunturales de su poder político a la estructura de valores, creencias e intereses compartidos por una comunidad que sólo busca la paz (positiva). De esta forma, las decisiones deben ir sometidas al *consensus* y acompañadas de argumentos razonados y razonables; esto es, referidas a todas y cada una de las decisiones humanas y políticas que afectan a los demás, a su seguridad, a su existencia.

También están los denominados *recursos humanos*: el poder también depende de la cantidad de gente que siga una idea o una obra, que colabore con ella, que coopere en su realización. A más gente se supone que más poder, pero es aún más importante la cualificación de los recursos humanos.

Asimismo, el poder depende de nuestra *capacidad y conocimiento*: tiene una relación directa con nuestras facultades y habilidades, con nuestra pericia, con la cantidad y calidad de información que manejemos, con el talento en analizar la realidad, de interpretarla, etc., así como este mismo conjunto de características de las personas que sostienen o lideran un movimiento, unas ideas, un conjunto de valores, etc.

Igualmente, existen un conjunto de *factores psicológicos e ideológicos*: de tipo anímico y filosóficos, y/o alegóricos y simbólicos que hacen a unos grupos tener una mayor disposición hacia la obediencia, la sumisión o la fe, etc., hacia aquellos que gobiernan; o, por el contrario, tener una mayor predisposición a la rebeldía o la desobediencia. Pueden parecer unos factores algo imprecisos pero que acaban siendo determinados y explicados a medida

que conocemos mejor los factores de socialización, educación, etc.

De la misma manera, también están los *recursos materiales*: que sería el grado de control sobre bienes, posesiones, patrimonios, objetos, finanzas, etc.; importantes para mantener formas de resistencia y de lucha.

Y, finalmente, las *sanciones*. Ésta es la fuente última de quien gobierna, se trata de la capacidad para utilizar un conjunto de mecanismos de represión y castigo que están a su disposición; pero, que también están –de alguna manera– en manos de la oposición al retirarle a aquél sus apoyos y soporte. Igualmente, para los poderes pacifistas, las sanciones son también mecanismos reprobatorios: castigos infligidos contra los poderes convencionales advirtiéndoles de sus errores y falsedades.

Si estas son las fuentes, la cuestión que sigue pendiente es cómo se cumple la ecuación última de toda relación de poder convencional: gobernar-obedecer.

2. ¿Por qué obedece la gente?

Esta es una de las preguntas claves –en torno al poder– que todo pacifista debe hacerse. Respondiendo a ella tiene posibilidades de comprender buena parte de las injusticias del mundo y de aportar algunas soluciones; pero, especialmente, puede aprender a valorar mejor la complejidad de las acciones y omisiones humanas en toda relación de poder.

No existe una sola razón con el suficiente peso para explicar por qué la gente obedece a sus gobernantes, ni se puede formular la obediencia política como exclusivamente racional. He aquí algunas posibles interpretaciones.

El *hábito*. El hábito, la costumbre, la norma... de obedecer se ha convertido en algo habitual, usual, *naturalizado* en muchas sociedades. Detrás de ello, sin embargo, existen una serie de factores tales como: la conveniencia, los prejuicios, los intereses y las percepciones para seguir determinadas normas como naturales.

También está el *miedo a las sanciones* dado que todo gobernante usa o tiene a mano la amenaza del uso de la fuerza, de la violencia institucionalizada, tiene un poder coercitivo, bien un código, unas leyes, unas normas de conducta, etc., bien mediante la presencia de fuerzas armadas, policiales, de vigilancia, etc.

Asimismo, existe también lo que podríamos llamar la *obligación moral*, en la que la gente siente una obligación seria por obedecer, al margen de las posibles sanciones de la ley, que se aprende para preservar una cierta organización social y política, para resguardar un cierto orden en las cosas. Esta cuestión es aprendida durante la socialización y es, en parte, el resultado de un deliberado adoctrinamiento (o educación según los efectos). Siendo el origen y las consecuencias de tales sentimientos muy variados: desde el bien común de la sociedad, la legitimación de un orden, o la conformidad del orden a las normas aceptadas.

No nos podemos olvidar tampoco de los *intereses personales*, mucha gente obedece porque le interesa, porque le complace, porque tiene en ello lisonjas personales, bien en

términos de prestigio (la esperanza de recibir títulos, condecoraciones u honores); bien porque así exige a otros su posición de poder respeto de otros (mantenimiento y mejora de su propio estatus en la pirámide política y social); o por ventajas económicas directas o indirectas (cada persona tiene un precio). Todo esto ayuda a los gobernantes a tener, siempre, una minoría dispuesta a servir al gobernante y controlar a la mayoría.

Incorporemos, también, la *identificación política, social y psicológica con el gobernante*. Como se sabe existe mucha gente que obedece y colabora con el poder convencional (el gobernante, el gobierno o el sistema) porque establecen con éste una fuerte identificación emotiva. Lo que es bueno para aquél lo es también para éste.

No menos importante es el *margen o la zona de indiferencia y de tolerancia*. Mucha gente simplemente siente que las leyes, los gobiernos y sus acciones les resultan *indiferentes*, es decir, no son cuestiones que afecten notablemente a sus vidas, de tal forma que les resulta indiferente poner en cuestión el orden y, en consecuencia, colaboran tímidamente mediante la indiferencia.

Por último, la *falta de confianza de los ciudadanos en sí mismos*. Muchos de ellos no tienen la suficiente confianza en sí mismos y en su propia capacidad de juicio y de acción de sentirse en grado de desobedecer y de resistirse a los poderes convencionales. No habiendo una fuerte voluntad propia se acaba aceptando aquello que dice quien gobierna, también porque se puede creer que el grupo dirigente está más preparado y cualificado para tomar decisiones por nosotros. Otro ejemplo de esa falta de confianza es la tendencia a evitar las responsabilidades propias, a buscar siempre delegar en otros la toma de decisiones, especialmente en las autoridades. Hasta que la gente no tome como suyas la confianza, la convicción y el dominio tendrá que seguir obedeciendo, colaborando y sometándose a sus propios gobernantes.

3. Poderes «alternativos»

A pesar de la importancia que filósofos como Maquiavelo o Hobbes dieron al Poder (muchas veces escrito con mayúsculas y entendido como «poder instrumental»), como único, absoluto, indivisible, hegemónico, todopoderoso, etc.; siempre han existido y existirán muchos poderes alternativos al *Príncipe*. Han sido unos poderes contestatarios, reivindicadores, invitadores, no convencionales, reemplazadores, etc.; que, a lo largo de la historia de la humanidad han intentado presentar alternativas y preferencias a la construcción político-social hegemónico-dominante de la realidad. Lo que en la práctica ha permitido el progreso de las ideas, la movilidad social y los cambios políticos en un sentido que afectaba al uso del poder instrumental y a la propia concepción del poder como maquinaria exclusiva en manos de unos pocos.

Esa historia de los poderes alternativos es, también, la historia de los *saberes* o, incluso, si se prefiere: la mayor parte de la historia de la ciencia. Cualquier reconstrucción histórica del poder nos remite a los múltiples intentos de monopolización de los saberes, de

los conocimientos y las inteligencias, pero, también, de lo contrario. Por ello, la mayor parte de los poderes alternativos han surgido –en muchas ocasiones– para liberar de esas amenazas a la humanidad –lo hayan conseguido o no–, a través de la construcción de otras opciones, otros proyectos, otros programas y otras utopías que permitieran salir del *statu quo*, del impase, de la anomía social.⁶

Esto no significa que aquellos otros poderes debían ser, siempre, mejores modelos sociales y políticos, sino sólo *alternativos*, esto es, cargados del poder intrínseco que tiene toda alternativa por el hecho de serlo o de quererlo ser. Por la capacidad que tiene de no sentirse vencida o rendida ante las adversidades y las contrariedades. Igualmente por el talante y la predisposición a no sentirse acosada o tentada a la victimización y, en consecuencia, a acabar encerrada en sus propias fronteras y sueños. Por estar dispuesta a renovarse permanentemente, a recoger de otras experiencias sus potencialidades y posibilidades concretas o remotas. O, por intentar superar sus propias limitaciones políticas.

La alternativa es, también, una opción dotada de virtudes epistemológicas, que nos advierte de la necesidad de cambiar de mirada o, incluso, de horizontes; de acercarnos a la realidad con otro talante y otras herramientas, con otros saberes, etc., para así construir la realidad de manera diferente, porque la realidad del mundo –nos advierte– no es lo que aparenta ser, no es tan *natural* como aparenta ser.

Hayan sido poderes asociados a grupos o actores sociales: indígenas, campesinos, obreros, mujeres, minorías; o, a los denominados *nuevos* movimientos sociales (pacifismo, ecologismo, feminismo), etc.; claro está, cada uno con características específicas y singulares; sin embargo, lo que les une, lo que pueden tener como común denominador es el haber sido –en algún momento de la historia– alternativos, haber planteado –a pequeña, mediana o gran escala– cosmovisiones, interpretaciones, modelos de vida, de producción, de relación social, de construcción política, de diseño cultural, de expresión simbólica, verdaderamente diferentes a los dominantes.

Pero, ¿cómo se han manifestado estas alternativas y, sobre todo, qué han aportado? Una de sus características han sido sus formas elocuentes y persuasivas de expresión –tan abundantes y plurales–. Desde la denuncia permanente de todo aquello que son manifestaciones de la violencia, la capacidad para escandalizarse ante las injusticias, la objeción de conciencia ante el daño o el mal, la no colaboración con las formas de corrupción o impureza del mal uso de todo poder instrumental, la desobediencia civil de las leyes arbitrarias e indignas; hasta, la gran capacidad y aptitud para la negociación, la transacción, el acuerdo y el consenso con otras formas de poder y de construcción social (incluidos los poderes instrumentales).

Junto a ello, la permanente búsqueda de alternativas estructurales y sistémicas: aportando otros modelos educativos, más solidarios y justos, de integración y participación,

⁶ Aquí, de todas las acepciones de anomía social que podríamos utilizar, queremos rescatar la concebida desde una perspectiva psico-sociológica, para designar el conflicto que sufre el individuo cuando la sociedad le propone unos objetivos legítimos a los que no puede acceder si no es por medios ilegítimos, debido al lugar que ocupa en la escala social.

que combinasen saberes intelectuales y destrezas manuales. O, patrones económicos, de producción y consumo más racionales y sostenibles, basados en economías de demanda y de servicios, de interrelación social más ecuánime y generosa. Asimismo, de gestión de recursos naturales y de energías fundamentado en estilos de vida más acordes con un nivel de necesidades y de calidad más cercanos, por tanto, a un gasto más racional de la energía disponible, pensando en las generaciones futuras, o en su mejor aprovechamiento y reutilización.

Todo lo señalado no significa la ausencia absoluta de contradicciones y paradojas internas, no sólo entre los mismos poderes alternativos (o los que se han auto-calificado como tales), sino también en algunas de sus propuestas: unas por demasiado incoherentes; otras, en fin, por excesivamente utópicas e irrealizables. No obstante, no se invalida el poder que toda alternativa tiene: pensar de manera diferente, analizar la realidad desde otros parámetros, concebir y querer apropiarse del futuro, etc., es lo que les ha caracterizado en el pasado y previsiblemente lo hará en el futuro –aunque no todos con la misma fuerza y convicciones–. No obstante, la Historia precisamente nos ha llegado a demostrar, muchas veces, que lo que se pensó en el pasado como difícil, si no imposible de realizar, puede ser realidad en el futuro, y que pensar y crear visiones de posibilidades futuras pueden ayudar a impulsar a las mentes humanas más allá de las previsiones que ignoran o esconden muchas instituciones bajo el caparazón de viejos usos y hábitos.

4. El poder integrador

Justamente una de las propuestas que nos hace el irenólogo Kenneth Boulding es que pensemos una faceta o un aspecto del poder como fuente y capacidad de integrar, que consideremos muchas de las aptitudes y talentos humanos bajo el prisma constructivo-afectivo. Es decir, que rescatemos lo que ha tenido de alternativo, de edificante, etc., el amor en la construcción del poder humano. Frente a otros poderes, como el *destructor* (que se erige sobre la base de la violencia y la guerra como construcción social) y el *productivo* (fundamentado en el mercado como sistema de relación político-social), la fortaleza del pacifismo debe sus fuentes al *poder integrador*, es decir, a nuestra capacidad de mover pacíficamente a los demás, como el poder de convocatoria, el poder de amar, entre otros. Esta forma de poder –nos dice Boulding⁷ es como concepto: laborioso de construir, difícil de cuantificar y, muy especialmente, su naturaleza es multidimensional, esto es, tiene muchas capacidades y potencialidades en todos los niveles de las relaciones humanas (y, por extensión, en los conflictos). Asimismo, su grado de legitimación es alto o muy alto, al contrario que el poder destructor o, incluso, que el económico, lo que le permite ser fácilmente reconocido y aceptado como ejemplar, justo y razonable.

Su principio básico, su fundamento está en el *amor*, que no es una variable más, sino

7(1993) *Las tres caras del poder*. Barcelona, 17.

la prueba del éxito de la especie, de su capacidad de adaptación y de una construcción cultural singular en el conjunto de la complejidad planetaria. De aquél se derivan un conjunto de conceptos o principios inferidos que ayudan a garantizar la preservación de un sistema integrador, tales como: la benevolencia, la compasión, la reciprocidad, el respeto, la dulzura, el altruismo, la filantropía, etc.⁸

Lo mejor de estos principios son las redes y estructuras que se generan con sus prácticas, hábitos y costumbres: redes de comunicación, estructuras de persuasión de suma positiva o culturas de aprendizaje «ilimitado». Todas ellas –redes, estructuras, culturas– potencian y construyen personalidades capaces de adaptarse con mayor facilidad a las incertidumbres y el azar, más confiados, más soñadores y facilitadores, que permiten acercar posiciones en situaciones de conflicto o enfrentamiento, que generan formas de solidaridad con los débiles, etc. Todo ello, en conjunto, formaría un poder –como capacidad– de integrar y construir socialmente de manera diferente a las otras dos formas de poder.

De esta concepción del poder nos vamos a valer para potenciar y desarrollar mejor otro conjunto de conceptos, ideas y metodologías que nos permitirán configurar y reforzar la categoría de análisis que denominamos *poder pacifista*.

5. La noviolencia como método

La utilización del concepto de noviolencia se ha atribuido a ingenuos, ángeles o mártires en medio de un mundo de violencia; o, incluso, con él se ha calificado a reformistas sin grandes horizontes y sin capacidad para cambiar muchas cosas en este mundo. Nada más lejos de la realidad.

La noviolencia puede ser definida como una *metodología activa para influir en el curso y el resultado (positivo) de un conflicto*,⁹ esto requiere del activista, que su trabajo sea activo, participativo y transformador..., ¿dónde?, en los lugares donde se presentan todas las formas conocidas de violencia, para modificar esa realidad y para transformar a las personas que optan por regular los conflictos recurriendo a la violencia. ¿Cómo debe hacerlo? Conquistando y perturbando las conciencias, practicando con el ejemplo, demostrando su fortaleza de convicciones, mezclándose en la política con inteligencia, templanza y coraje.¹⁰

La noviolencia es, por tanto, un *método* para la acción frente a la pasividad; un *deber*

⁸Víd. MUÑOZ, Francisco A. y LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario (2000) *Historia de la Paz. Tiempos, espacios y actores*. Granada, 34-39 y 401-410.

⁹La conflictología no-violenta considera el conflicto como inherente a los seres humanos; no tiene una visión negativa, destructiva o competitiva del mismo, sino alternativa, creativa y positiva. Asimismo, reinterpreta cómo deben verse los actores en un conflicto: no como enemigos, contendientes o combatientes irreconciliables, sino como adversarios y contrarios. Por último –y esto es sólo un bosquejo–, se plantea cómo transformar los conflictos: estableciendo metas posibles y deseables, desmenuzando el conflicto en objetivos y problemas concretos, planteándose un mapa de opciones, ideas y consejos y, colocándose en el lugar del otro.

¹⁰NAKHRE, Amrut (1976) Meanings of Nonviolence: A Study of Satyagrahi Attitudes, *Journal of Peace Research*, 13: 185-196.

y un *convencimiento* entendidos como imperativos y principios de valor ético, como exigencia de *justicia*; y, no sólo, en función de oportunidades o estrategias.

Es una forma de trabajar y de ejercer el poder de carácter integrador, humanizador, pacífico, solidario y creativo. Que actúa como conciencia en alarma permanente frente a las barbaridades y crueldades que se pueden cometer en el mundo.

¿Pero de qué tipo de poder habla la no violencia? ¿A qué tipo de poder se refiere? Evidentemente no al del cañón de un fusil o al de un arma nuclear, no a un tipo de poder que destruye, que obtiene sumisión y obediencia ciega, sino a un poder entendido como *capacidad para la acción*, especialmente de aquellos que supuestamente no tienen poder o, mejor, que no saben que lo tienen o que, simplemente, no lo utilizan.

Entendemos que es importante recuperar todas las dimensiones semánticas que tiene el concepto de poder porque éste es un componente importantísimo en los conflictos. En este sentido, saber cuánta capacidad tenemos y con qué potencialidad contamos resulta esencial para aprovecharla positiva y creativamente en la resolución duradera de los conflictos. O, al menos, en la transformación de los mismos. De alguna forma, el objetivo de la no violencia es, precisamente, *reequilibrar el poder* entre las partes en conflicto, tratando de hacer aflorar el componente más positivo de aquél en cada una ellas: conciliando. Y, en la medida de lo posible, convenciendo de la complementariedad de todas las formas de poder para evitar cualquier uso de la violencia por alguna de las partes. Así como demostrando que algunos usos de poder pueden ser –si no se limitan convenientemente–, potencialmente muy peligrosos y de consecuencias irreparables, especialmente en una situación de escalada de conflictos.

Además, esto implica al referirnos a un *modelo plural del poder* –al cual hacíamos referencia al principio de estas páginas– que, un poder soberano está determinado por el grado de complicidad o de conformidad de los súbditos, de manera que hasta el régimen más opresivo está fundamentado en ese nivel de consentimiento; y, que, por tanto, las revueltas y las revoluciones son capaces de desintegrar esa trama.¹¹ Si bien, la cuestión es, siempre, más compleja dado que el poder social está profundamente arraigado en relaciones sociales y patrones de comportamiento que están institucionalizados en cada tiempo y que penetran por toda la sociedad. El poder está localizado en las estructuras sociales en las que estos códigos y patrones existen y se reproducen. Por eso, en algunas sociedades dadas, las precondiciones de la clase social (además de otras de género, etnia, religión, etc.) son las manifestaciones más evidentes de esta distribución del poder. Importante es saberlo para hacer más eficaz el trabajo no violento y ejercer el poder pacifista. En consecuencia, en muchas ocasiones, la «obediencia» de la gente a los gobernantes, por lo tanto, no es un elemento tan de libre decisión personal, sino una característica propia de la organización de una sociedad.

En todo caso, la cuestión sigue siendo ser capaces de analizar las potencialidades del poder pacifista en su relación con el poder del *príncipe*, los recursos y las fuentes que aquél

¹¹ RANDLE, Michael (1998) ofrece muchos ejemplos históricos apoyándose en estas consideraciones de partida de Sharp en *Resistencia civil. La ciudadanía ante las arbitrariedades de los gobiernos*, Barcelona.

tiene; y, especialmente, las relaciones entre todas las formas de poder existentes: asimetrías, estructuras de control y estrategias, dónde localizarlas, cómo operan, etc.; para contribuir a valorar más convenientemente la viabilidad de los métodos de resistencia civil no armada.

6.- «Empoderamiento» y fortalecimiento social

El *empoderamiento*, la potenciación o el fortalecimiento social –según se prefiera–, viene a significar el poder que las personas –pero también los grupos, las organizaciones y las comunidades– ejercen sobre sus propias vidas, a la vez que participan democráticamente en la vida de la comunidad, todo ello para actuar más eficientemente sobre los recursos y en los contextos en los que se desenvuelven.¹²

El empoderamiento sería, pues, en sí mismo: fin y proceso; que se extendería desde el nivel personal hasta el cambio social, para apoyar la formación, organización y participación de las gentes en su propia vida, influyendo en el curso de los acontecimientos y en la justicia política y social.

¿Qué se pretende con el empoderamiento? Comenzar por reexaminar los propios conceptos de poder y de resistencia: como capacidad para la acción (y no sólo como capacidad para obtener sumisión), es un poder de *dentro hacia fuera* (personal), es también un poder *con* (colectivo) y, *con relación a* ciertos fines (social). Que la gente participe más y mejor en el control de sus destinos. Que la información fluya. Que exista reciprocidad entre todos los agentes sociales. Que se incrementen la destrezas en el ejercicio del poder. Que se amplifiquen las relaciones humanas. O que, se desarrollen los comportamientos solidarios y la conciencia crítica. Como podemos ver, por estas breves notas, se trata de reforzar, afianzar e implementar muchos de los conceptos, conocimientos y metodologías a los que antes nos hemos referido como poder integrador, no violencia o poder pacifista.

¿Qué estrategias son las más utilizadas para desarrollar ese empoderamiento? También aquí nos hemos venido refiriendo en párrafos anteriores a muchas de ellas: lo importante es, especialmente, conseguir pasar de la reflexión a la acción. Desarrollando destrezas, habilidades y aptitudes que permitan la movilización de recursos. Buscando el encuentro con otros para reunir mejores soportes y potenciación social. Conociendo con más exactitud las conexiones sociales y las mediaciones que permitan la negociación y la intervención en los conflictos. Incrementando el activismo político y social a través de métodos como la no violencia, indagando sobre sus posibilidades y potencialidades. Extendiendo la educación popular bajo la premisa de que nadie libera a nadie sino que nos liberamos juntos. Apostando por el crecimiento y desarrollo comunitarios que permiten –a juicio de Capitini– la *omnicracia* («poder de todos») y/o la democracia alternativa: una suerte

¹² Parece ser que este vocablo (empoderamiento) ya existía en el castellano viejo, pero cayó en desuso, cfr. OCDE (1999) *Conflicto, paz y cooperación para el desarrollo en el umbral del siglo XXI*. Madrid, 13. Víd. para su uso moderno como «empowerment» a REARDON, Betty (1985) *Sexism and the War System*. Syracuse, 83-89.

de ejercicio cotidiano de contrapoderes autónomos y horizontales ramificados por toda la sociedad que permita ensanchar, por la base, muchas democracias formales.¹³

Por último, ¿qué se conseguiría con el empoderamiento? Robustecer las relaciones y conexiones sociales. Identificar mejor las causas de la opresión y la dominación, para tener más y mayor capacidad para transformar esas relaciones y desarrollar la eficacia política. Reconocer que todos los seres humanos poseemos el poder que nos otorga nuestra existencia, aumentando en este proceso el auto-control individual y social. Conseguir relacionar dialécticamente y visualizar –más allá del análisis– las conexiones entre los cambios individuales y sociales. O, por fin, mejorar la calidad de vida y potenciar la justicia social.

Hablar, por tanto, de *empoderamiento pacifista*, esto es, de autorreconocimiento del poder de dentro a fuera, de la capacidad de tener el poder con otros, o de ejercerlo con relación a ciertos fines, es tanto como reconocer la mayoría de edad del pacifismo para influir en los destinos y la historia de la humanidad.

7. *El poder pacifista*

Las personas que se sienten desautorizadas: obedecen, consienten y se conforman. En cambio, las personas que no se sienten solas, que trabajan junto a otras, que tiene un programa constructivo, que poseen un proyecto de vida, que tienen capacidad para visualizar el futuro y que actúan de manera noviolenta, a esas pertenece el *poder pacifista*: la capacidad de intervención, de no acomodación, de rebeldía permanente.

Denunciar la guerra como construcción social y prevenirse contra síntomas de agotamiento de ideas frente a la violencia ha sido –de alguna forma– el hilo conductor del pacifismo (o de los pacifismos). Su poder ha sido también un poder alternativo y constructivo. Una conciencia inquieta e inquietante para el *Príncipe*. Sin embargo, el pacifismo o, mejor, los pacifismos han querido ser mucho más y han sido históricamente mucho más. Siguiendo la metáfora bíblica, estaríamos hablando de la *sal de la tierra*.¹⁴ Los que han defendido y han extendido unos valores que merecen ser compartidos universalmente -a pesar de que muchas de sus actuaciones y proclamas pudieran parecer ingenuas y poco operativas-, los que han manifestado una ética cuyas consecuencias pueden ser donadas a las generaciones futuras. Ellos han pedido que todos los hombres sean considerados iguales (abolición del esclavismo); que la mitad de la humanidad pueda contribuir con su experiencia y valía a la construcción de la sociedad (feminismo pacifista); que una persona no tenga que matar a sus semejantes, ni aún en tiempos de guerra (objeción de conciencia); que los impuestos no se destinen a bienes socialmente irrecuperables que se generan para destruir a otros seres (antimilitarismo y antibelicismo); que la seguridad colectiva no puede fundamentarse en la destrucción mutua asegurada y en el posible *exterminismo* humano

13CAPITINI, Aldo (1967) *Le technique della nonviolenza*, Milano.

14 Víd. Johan Galtung «Il Sale della Terra», en SALIO, Giovanni (1991), *Le Guerre del Golfo e le ragioni della nonviolenza*, Torino, 5-10.

(pacifismo antinuclear); que es factible construir una sociedad sostenible y perdurable (ecopacifismo); que se pueden desactivar las tensiones y crear nichos ecológicos de paz en zonas de conflicto (pacifismo humanitario y solidario); que es concebible reconstruir las sociedades castigadas y destruidas por la guerra, el odio étnico o interracial, y hacerlo de una manera creativa, resolutiva y esperanzadora (pacifismo reconciliador y de los derechos humanos); o que -por tan sólo poner algunas prácticas y ejemplos- es verosímil responder a la violencia ciega con la fuerza del corazón, de la razón y de la convicción, o con el ejercicio continuado de una presión moral liberadora (pacifismo de la no-violencia). Todas estas han sido formas históricas de ejercicio del poder pacifista.¹⁵

El poder pacifista nos permite reinterpretar mucho mejor el Poder (con mayúsculas), el cual no puede dejarse en manos de quienes quieren detentarlo, sino que todos debemos participar en él, controlarlo, limitarlo allí donde actúe con violencia y hacerlo más humano y virtuoso. Nos faculta para transformarlo en un instrumento que nos dote de más y mayor libertad e independencia. Nos puede hacer encauzar las fuentes del poder y las claves esenciales para comprender la complejidad de las acciones y omisiones humanas hacia espacios más comprometidos y positivos.

Asimismo, a través de su capacidad como poder alternativo, nos suministra de herramientas epistemológicas –especialmente junto a la no violencia como doctrina– que nos instruyen sobre la necesidad de cambiar de mirada, de horizontes, de talentos, de estilos y saberes para reinterpretar la historia de la humanidad de otra manera (redefinición del modelo antropológico, dialécticas más abiertas, paz imperfecta).¹⁶

El poder pacifista, también influye en nuestra visión y acercamiento a los conflictos, dotándonos de más instrumentos e ideas, así como de metodologías desde la no violencia, para prevenirlos y transformarlos en sentido pacífico sin dejar de tener una mirada crítica y estimulante frente a la realidad y su construcción político-social. Consiguiendo desentumecernos frente al riesgo de caer en la pasividad o la indiferencia.

El poder pacifista, por último, en su proceso histórico y político de empoderamiento nos alienta a acercarnos al ejercicio de reequilibrar y contrapesar todas las formas de poder existentes. Potenciando y fortaleciendo el tejido social, los debates públicos, la participación en la toma de decisiones, la profundización en la democracia, la denuncia social, incrementando su papel de resistencia y de alternativa. En todo esto reside su capacidad, su energía y sus posibilidades.

15Víd. LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario (2000) La sociedad civil por la paz, en MUÑOZ, Fco. A. y LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario, *op. cit.*, 291-357.

16Víd. MUÑOZ, Francisco A. y LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario Paz e Historia: La gestión de baja entropía de los conflictos (en este mismo libro); y, MUÑOZ, Francisco A. *La paz imperfecta* (en prensa).